Entre el humo y la niebla.
Guerra y cultura en América Latina

Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte (eds.). Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2016, 345 pp.

El libro editado por Martínez-Pinzón y Uriarte presenta, además de la introducción de estilo, 14 artículos que abordan las relaciones entre guerra y cultura en América Latina. Lo hacen a partir de una diversidad de fuentes escritas y visuales, que muestran la productividad discursiva de la guerra. Los ensayos dialogan con teóricos de distintas orientaciones como Walter Benjamin, Michel Foucault, Andreas Huyssen, Giorgio Agamben, Gilles Deleuze, Félix Guattari y Rosi Braidotti, entre otros. Los editores organizaron el libro con un criterio cronológico que va de la larga «guerra de castas» en Yucatán (1847-1901), hasta conflictos más contemporáneos como la guerra por las Islas Malvinas (1982) o la «guerra» contra el narcotráfico en Colombia y Brasil.

La introducción de estilo, en este caso, es mucho más que eso. El trabajo de Martínez-Pinzón y Uriarte es una reflexión sobre la guerra y la cultura en América Latina que, al mismo tiempo que describe las contribuciones de los articulistas, realiza un recorrido reflexivo y aporta claves de interpretación que abren un nuevo campo de trabajo para los estudios de la cultura. Los editores se preguntan si «hacer el Estado no es hacer la guerra», y agregan luego: «Podría ser que lo bélico —y sus representaciones— es lo que más dramáticamente visibiliza el Estado, materializándolo en todo su terror y esplendor, mientras que en la relativa paz de lo cotidiano el Estado no pasa de ser “una base aceptable para el sometimiento”», según una cita de Philip Abrams (pp. 23-24).

Esta es solo una de las hipótesis productivas manejadas por los editores que sobrevuela todos los trabajos. A través del análisis del texto *El crimen de la guerra* (1870), de Juan Bautista Alberdi, Álvaro Kaempfer señala que para Alberdi la guerra era una amenaza que consolidaba el poder militar e impedía la formación de la nación sobre bases jurídicas. Para Roberto Vecchi la «disposición para la guerra es una permanencia de la historia de Brasil y de la modernización de su Estado», por fuera de cualquier mitologema de la conciliación (p. 164). La violencia de la guerra, que es infinita, desmedida y sin forma, se torna representable (o al menos sus espectros o las ruinas que deja a su paso) a través de la literatura. Finalmente Gabriel Giorgi analiza las

alianzas humano-animal en cuentos de Guimarães Rosa, Lugones y Quiroga, ficciones en las que el Estado responde con la guerra, como único recurso para mantener la frontera.

Hay un grupo de trabajos que se ocupa de disputas por el control del territorio o el orden social al interior de los Estados-nación. El trabajo de Kari Soriano analiza la «guerra de castas» (1847-1901), interpretada siempre como un conflicto racial entre blancos y mayas independentistas en la provincia de Yucatán, a partir del texto *Cecilio-Chi. Novela histórica yucateca* (1867), de José Severo del Castillo. Para Soriano, el territorio en disputa es leído desde las geografías militar y humana, que no siempre coinciden, y que no logran dar cuenta de las peculiaridades políticas y sociales de esa «guerra de castas». La «conquista del desierto» en Argentina representó una disputa por el control del territorio y por la eliminación del otro por parte del Estado. En los textos del comandante Manuel Prado *La guerra del malón* (1907) y el póstumo *Conquista de la Pampa* (1935), analizados por Martín Kohan, el otro, el bárbaro, es en verdad un adversario al que se le arrebató la táctica militar para enfrentarlo.

La «guerra de Canudos» relatada por Euclides da Cunha en *Os sertões* (1902), es analizada por Javier Uriarte desde la perspectiva de una «retórica del desconcierto» ante la insuficiencia del saber letrado frente a un territorio y un paisaje humano ajenos. Por eso se concentra en una interpretación de las ruinas, como resultado de una violencia específica de la guerra y, al mismo tiempo, como «forma clave de la resistencia» (p.145). El trabajo de Juan Pablo Davobe se centra en la novela *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), de Rafael Muñoz, en la que pone en escena el bandidaje, que es incomprensible y carente de sentido desde la perspectiva del Estado, y que Davobe conceptualiza como «la experiencia desestabilizadora del subalterno» o de lo que es imposible de simbolizar (lo *real*). En un sentido diferente, Wladimir Márquez-Jiménez se ocupa de los bandidos de la sierra del Escambray, una guerra contrarrevolucionaria (1960-1965) aplastada por el Estado revolucionario recién instalado en Cuba y en conflicto con Estados Unidos. El texto pone en evidencia la manipulación de los subalternos en el relato de los hechos por parte de la revolución y de los exiliados cubanos en Miami.

Los textos de Fermín Rodríguez y João Camilo Penna se ocupan de dos casos más recientes en Colombia y Brasil, que dan lugar a «la imitación de la guerra» (Penna) en el lenguaje visual y literario de los Estados-nación. Para Rodríguez se trata de una «nueva forma de guerra» contra ene-

migos intangibles: la droga, el terrorismo, la «inseguridad». El gramático que narra en la novela *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, es el «doble siniestro de la mala conciencia liberal» que no reprime el «odio de clase» y lo pone por encima del estado de derecho, que abre una guerra total de todos contra todos. En esa guerra declarada por el narrador, el otro es reducido a un «ruido animal» (p. 308). Penna plantea un paralelo entre «la guerra contra las drogas» y la historia de las guerras civiles en Brasil, a partir de un recorrido que empieza en *Os sertões* (1902), de Euclides da Cunha, continúa en *Grande Sertão: veredas* (1956), de Guimarães Rosa y termina en *Ciudad de Dios* (1997), de Paulo Lins. Según Penna, cabe preguntarse «si el espacio público no se constituye en última instancia en la gestión de una moral particular de la guerra, o de una guerra particular contra el enemigo público» (p. 337). La literatura modula una tipología de enemigos públicos, al mismo tiempo que les hace el epitafio y les hace el trabajo de duelo.

Hay otro conjunto de trabajos que abordan las guerras entre naciones: la triple alianza de Uruguay, Argentina y Brasil contra Paraguay (1864-1870), la Guerra del Pacífico de Chile contra Bolivia y Perú (1879-1884), el conflicto entre Colombia y Perú (1932-1934) o la guerra de las Malvinas en Argentina contra Gran Bretaña (1982). El ensayo de Sebastián Díaz-Duhalde combina el análisis de las imágenes y las crónicas del coronel uruguayo León de Palleja, publicadas durante los dos primeros años del conflicto. Ambos registros dialogan entre sí en la medida en que proponen una nueva forma de representación, «un cambio social en el modo de entender el concepto de mimesis» (p. 74), que contribuyó a desbaratar cualquier sublimación patriótica de la guerra.

El trabajo de Consuelo Figueroa se concentra en la producción de sentido a partir de los museos y monumentos conmemorativos en Chile, que refieren a un período fundacional en el que se dan simultáneamente la lucha por el control interno del territorio contra los pueblos originarios, en la «Pacificación de la Araucanía» (1861) y la guerra con Bolivia y Perú. A partir de los discursos se trazan inclusiones y exclusiones de la nacionalidad chilena.

La guerra de Colombia con Perú por el territorio fronterizo en la Amazonia es analizada por Felipe Martínez-Pinzón a partir de la idea del clima selvático como límite y amenaza a la nación. De hecho, en el análisis de *180 días en el frente* (1934), del soldado Arturo Arango, que toma como modelo *La vorágine*, de José Eustaquio Rivera, Martínez destaca la idea de una guerra contra el clima, las enfermedades, contra la selva misma, que termina triunfando sobre el hombre.

Para Julieta Vitullo la Guerra de las Malvinas es una «guerra contenida» en algunas narraciones contemporáneas que se apartan del registro no ficcional. Según su análisis de las novelas de Martín Kohan *Dos veces junio* (2003) y *Ciencias morales* (2007), la guerra está allí pero se nombra poco o se alude a ella indirecta o veladamente, siempre acechando, a punto de emerger.

En resumen, los ensayos reunidos por Uriarte y Martínez-Pinzón presentan una interesante aproximación a la guerra como elemento constitutivo de lo nacional en el pasado, en la lucha por el control del territorio y de sus habitantes, pero también como fenómeno que organiza nuestro presente y parece ocupar también, al menos en lo inmediato, el futuro.

Alejandro Gortázar
Universidad de la República